

LAS MEMORIAS DE MOSES SMITH (*)

Edgardo Mondolfi Gudat (**)

La expedición contra las costas de Venezuela, en la que Miranda se mueve al frente de tres barcos sonámbulos en 1806, marca a la vez un episodio medular y un largo camino de amarguras en la vida del Generalísimo. Pero creo que al abordar lo episódico y anecdótico de tal expedición, correríamos simplemente el riesgo de rodar por el lugar común de lo que otros historiadores más aventajados han dicho al respecto. A modo de ejemplo, bastaría citar la biografía de Miranda escrita por Mariano Picón Salas, quien le dedica un capítulo entero a la expedición, bajo el hermoso título de “Otoño, 1805”. Se trata de un capítulo que puede leerse con toda autonomía con respecto al resto del libro; lo digo literalmente, puesto que hace ya algunos años (muchos, quizá) la *Revista Nacional de Cultura* publicó en forma separada este capítulo dado que, por su ritmo vertiginoso, podía apreciarse casi como un relato independiente.

Lo mismo se aplica a la monumental biografía de William Spence Robertson, cuyo rasgo más sobresaliente no es sólo la minuciosa documentación con que trabaja el autor sino el hecho de que le consagra también un capítulo de mucha monta a la expedición de 1806. Sin agotar la lista, y aun con el temor de que pudiese quedar por fuera el nombre de algún otro autor por obra de una omisión involuntaria de nuestra parte, bastaría citar al argentino Manuel Gálvez, al ecuatoriano Alfonso Rumazo González, al norteamericano Joseph Thorning, y a los venezolanos José Nucete Sardi, Tomás Polanco Alcántara, Mario Briceño Perozo, Manuel Vicente Magallanes y Lucila Luciani de Pérez Díaz, todos los cuales han

(*) *Estudio introductorio a la Historia de las aventuras y sufrimientos de Moses Smith* Traducción de Pedro Manuel Arcaya Urrutia y María Lorena Arcaya-Febres Cordero Caracas: Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 2006.

(**) Escritor y profesor universitario. Autor de *Miranda en ocho contiendas* (Fundación Bigott, 2005).

recorrido, de una u otra manera, las incidencias y circunstancias de la expedición de Miranda.

Ante la evidencia de un episodio que se ha visto favorecido por una bibliografía relativamente abundante, tal vez convendría decir algo más bien acerca del tema general de las expediciones. Con ello me refiero a aquellos intentos que desde el que organizó Miranda en 1806 hasta entrado el primer tercio del siglo XX, tuvieron por objeto alterar el orden político imperante en nuestro país. Si uno repara con atención, tal vez sólo tres de tales expediciones lograron, a fin de cuentas, la consecución de sus objetivos: lo hizo con éxito Santiago Mariño en 1813 (aunque un año después se viera arrojado al mar por obra de José Tomás Boves); lo hizo Bolívar en 1816, lo cual le permitiría internarse hasta Guayana y afincarse a orillas del Orinoco, y lo hará también Antonio Guzmán Blanco en 1870, tomando a Caracas, a viva fuerza, en abril de ese mismo año. Las expediciones que más bien corrieron con una suerte contraria son muchas; quizá valga la pena mencionar algunas de ellas: José Antonio Páez fracasa al invadir Venezuela por la Vela de Coro en 1849; Joaquín Crespo se ve en el mismo predicamento con la expedición mediante la cual pretende, partiendo desde Trinidad, deponer al gobierno de Juan Pablo Rojas Paúl, en 1888, y la expedición del *Falke*, en 1929, en pleno trance del gomecismo hacia su ocaso, también discurre bajo el signo del fracaso.

La de Miranda en 1806 no sólo inaugura esta modalidad dentro de la política venezolana, sino que también forma parte del linaje del fracaso. Y la invasión de Miranda fracasa en parte —quiero decir, fracasa en términos inmediatos, no en cuanto a las repercusiones que a la larga se deriven de ella— porque, como en el caso de casi todas las invasiones posteriores, en Venezuela ya se había recibido noticia de lo que se venía tramando y se prepararon a tiempo las defensas para atajar la incursión.

Otra circunstancia que cabría destacar aquí, y a diferencia de todas las expediciones que ya he nombrado, es el hecho de que Miranda era el único venezolano que venía a bordo de la expedición comandada por él. Todos los demás, desde su primer oficial hasta el último grumete, eran fundamentalmente reclutas norteamericanos, la mayoría de ellos, con casi toda seguridad, de extracción irlandesa, pues más allá de verse delatados por sus apellidos, consta que hubo una ruidosa celebración a bordo del *Leandro*, la nave capitana de Miranda, el día de la festividad de San Patricio, el santo patrón de los irlandeses, cuando ya la expedición se disponía a penetrar por la cintura de Venezuela, en un punto de la costa que resul-

tó ser Ocumare en primer lugar. De modo que de haber tenido esta expedición algún margen de éxito en deponer la autoridad del Capitán General Manuel Guevara Vasconcelos —tal como se lo proponía Miranda—, nuestro primer elenco libertador habría estado conformado por una partida de forasteros reclutados en los muelles de Nueva York. Este dato no lo traigo a cuento con ningún afán de calculada provocación ni como una *boutade*, sino simplemente por el hecho de que si algo les debemos a algunos de estos reclutas que vinieron con Miranda, es que fueron los únicos que llegaron a dejar constancia de los tropiezos, avatares y desventuras que sufrió aquella empresa.

Miranda mismo, fuera por las razones que fuese, y a pesar de su inveterada costumbre de llevar registro de muchos episodios de su vida, no dejó una relación de lo acontecido como sí lo hizo en cambio con otras actuaciones de tipo militar en épocas anteriores de su vida. Sus cartas de 1806-1807, dirigidas esencialmente a sus corresponsales en Londres, así como las anotaciones iniciales de su travesía de Londres a Nueva York y de allí a Washington (donde relata sus encuentros con el presidente Thomas Jefferson y el Secretario de Estado James Madison), es acaso lo único que en tal sentido conservamos de su propia mano. Vale entonces la pena preguntarse, ¿por qué al zarpar el *Leandro* de Nueva York, Miranda no llevó a partir de entonces un “diario de abordó”? ¿Lo hizo y acaso pudo extraviarse en el camino? Esta última conjetura resulta muy inconsistente a la luz de lo siguiente: si Miranda fue capaz de conservar sus papeles en épocas más accidentadas de su vida, ¿por qué habría dejado perder semejante “recuento”, de haber existido? Incluso, no olvidemos que tras el fin de la expedición, Miranda estuvo inmovilizado durante poco más de un año en la isla de Trinidad, al amparo del gobernador Thomas Hislop, mientras atendía los reclamos de la tripulación que lo obligaron, incluso, a poner a remate su nave *Leandro* para hacer frente así a semejantes quejas. ¿No habría tenido allí el tiempo necesario, de haberlo querido, para dedicarse a ello? ¿O sería acaso que el grado de decepción era de tales proporciones que esto lo alejó de todo intento por guardar memoria escrita de lo ocurrido? Por otra parte, Miranda jamás acusó recibo de la suerte corrida por todos aquellos (incluyendo el autor de estas memorias) que fueron apresados durante la primera escala de la expedición. ¿Por qué no lo hizo? Son preguntas que aunque no conduzcan a nada concreto, forman parte de la impenitente curiosidad que en este caso, como en muchos otros, debe guiar a todo historiador.

De modo, pues, que existen pocos testimonios tan curiosos sobre nuestra guerra de independencia como el de los cuatro cronistas que algunos

años después, unos por haberse fugado y otros por haber recibido finalmente un indulto, regresaron a los Estados Unidos y se dieron a publicar sus “memorias” de lo acontecido durante el episodio de la expedición de Miranda. Me refiero a los guardiamarinas James Biggs y John Edsall, y a los simples reclutas John Sherman y Moses Smith. A ellos cuatro, que han corrido más o menos con la suerte de verse publicados en español, habría que agregarle una secuencia de cartas que fueron descubiertas, en su afán por hurgar papeles, por el bibliófilo venezolano Pedro Grases. Las cartas fueron halladas por él dentro de una colección de manuscritos en los Estados Unidos, y su autoría corresponde a un joven recluta llamado Henry Ingersoll, quien cumplía el muy particular oficio de ser uno de los impresores que traía a bordo la nave capitana de la expedición. No olvidemos que junto con los reclutas venía el arma más poderosa y efectiva de esta guerra moderna que Miranda pretendía llevar hasta las orillas de Venezuela: una imprenta, la misma que tras el descalabro de la expedición, y luego de sufrir numerosos avatares, vendría a parar unas veces a manos de la prensa insurgente de Caracas y en otras de la prensa realista, ambas de las cuales parecían entender a cabalidad esta guerra de las ideas o, lo que llamaríamos en lenguaje moderno, la guerra de propaganda. Ingersoll, quien manejaba el exigente oficio de combinar los tipos sobre las planchas de plomo, fue entonces de los que tuvo a su cargo imprimir durante una escala en Haití la proclama que Miranda pretendía dirigir a los “Pueblos del Continente Américo-Colombiano” una vez verificado su desembarco, y que debe leerse todavía hoy como uno de los documentos más emblemáticos y a la vez más controversiales de nuestro repertorio fundacional.

Precisamente, dada la suerte tan confusa que corrió la aventura de 1806 resulta comprensible el tono de derrota y amargura que destilan los testimonios de aquellos memorialistas antes mencionados: Biggs, Sherman, Edsall y Smith. Incluso, por la misma razón, casi son excusables muchas de las omisiones, injusticias e imprecisiones de todo tipo que abundan en las páginas de los cuatro libros. Lo que en cualquier caso conviene destacar es que el valor de aquellas crónicas radica en su carácter de testimonio de primera mano, de fuente presencial, directa y privilegiada de los hechos que signaron una de las etapas más confusas en la vida de quien, a la vuelta de seis años a partir de entonces, habría de dirigir la declinante suerte de la Primera República.

LAS MEMORIAS DE UN MARGINAL

A diferencia del memorialista John Sherman o de Henry Ingersoll, el autor de las cartas antes aludidas, ambos de los cuales debieron poseer algún grado de cultura literaria debido a su oficio como impresores, Moses Smith es más bien lo contrario: es un hombre que le debe su condición a los brazos, que confiesa desde el principio provenir de un origen más bien humilde y haber tenido oportunidades intelectualmente limitadas. Aunque dice poco de sí mismo en los capítulos iniciales de su obra, esto basta y sobra como confesión propia para demostrar que se trataba de un campesino blanco y pobre del estado de Nueva York, cuya vida familiar había transcurrido a costa de infinitas penalidades. Oriundo del pueblo de Huntington, en el condado de Suffolk, en Long Island, el autor se retrata a sí mismo con estas palabras: “Me dieron la educación que el campo y las circunstancias les permitieron [a sus padres, Zachariah y Anna Smith]. El oficio que me enseñaron fue el de barrilero” (Smith, Capítulo I).

Sus memorias, que corren bajo el título de *Historia de las aventuras y sufrimientos de Moses Smith*, se inscriben dentro de un género muy particular en los Estados Unidos de la época: las memorias marginales, el trabajo memorístico de aquellos que no hallan medio de redención, de “parias” blancos como Smith, a quienes “la impunidad” y la naturaleza misma del sistema les terminaba negando el más elemental sentido de justicia tras de una vida llena de azares, fracasos y sufrimientos. Todo esto forma parte de una literatura de convictos, de “condenados de la tierra”, de soldados reducidos de pronto a la mendicidad, e incluso de esclavos prófugos que huyen de las plantaciones del Sur. Todos vienen a ser por igual expresión de los “marginados”, de los desclasados del siglo XIX norteamericano. Todos, de una forma o de otra, como lo explica la historiadora estadounidense Mary Kelley, caen víctimas de alguna fuerza nefasta que los despoja de sus esperanzas y de su escasa riqueza, excepto -como se apura en aclarar la propia historiadora- por las ganancias que a la larga esperaban derivar de la publicación de estas obras, muy del gusto popular de la época, y que entre más abultadas en detalles truculentos, mayor el grado de aceptación que habrían de terminar hallando por parte de lectores ávidos de esta clase de literatura. La propia Kelley afirma lo siguiente:

Criminales notorios, que escapan por milagro del cadalso, terminan haciendo el recuento de una vida descarriada que en algún momento, por obra de la fatalidad, se vio llevada a abandonar su buen curso;

esclavos que escapan al norte provistos de “notas autobiográficas” que deberán servir para propagar simpatías a favor de la causa abolicionista o, más tarde, hacia mediados de ese siglo XIX, soldados del ejército de la unión que han caído prisioneros durante la guerra civil y han debido soportar padecimientos espeluznantes y afrontar sacrificios de toda índole en de las cárceles confederadas (Kelley, 2001).

Se supone que estos autores venían a ser algo así como el epítome de la sociedad sin rostro, de los hombres sin historia, víctimas de esa misma sociedad, aventados a los rincones de su época, sin pena ni gloria, pobres, oscuros y olvidados. Pero como en el fondo se resisten a ser echados al olvido, insisten en el propósito de fijar sus recuerdos a manera de crónica, dejando testimonio así acerca de sus inenarrables experiencias. Algo que sin duda alentó a esta clase de autores, y que no debemos perder de vista, fue la expansión de la cultura impresa y unos niveles de alfabetismo cada vez mayores en aquella sociedad que se urbanizaba y se industrializaba rápidamente, todo lo cual aseguraba que tales relatos conquistaran un universo cada vez más amplio y diverso de lectores. Al menos en lo que respecta a su propio tiempo, algunos coronaron la aspiración de ver que sus narraciones reincidieran en la imprenta, aunque hoy por hoy muchas de tales crónicas hayan caído completamente en el olvido. Veamos un ejemplo contundente de la forma en que opera esta clase de desgarradura existencial, esta sensación de orfandad y desamparo ante la justicia que viene a convertirse, después de todo, en una constante en obras como la que nos ocupa:

Tales eran las complicadas causas que retrasaban toda esperanza de piedad o justicia hacia nosotros y por las cuales los efectos prolongados y maliciosos todavía colgaban sobre nuestra causa y conspiraban para crear ese monstruo moral, esa maravilla social en la que ciudadanos americanos secuestrados, vendidos, trepanados, traicionados, condenados; a quienes les ha sido probado por las buenas fraude e imposición, después de años de esclavitud, sufrimientos, trabajos y peligros innumerables, regresaban para clamar por justicia en el seno de su propio país, esa tierra feliz que se vanagloria de su libertad y sus leyes, donde ellos deban gritar por justicia y que ninguna voz comprensiva pueda darles respuesta a sus quejas. Ninguna mano protectora se alzó para ayudarlos, ni la ley ni la justicia. (Smith, Capítulo X).

Smith, al igual que memorialistas de mayor talla como Edsall, Sherman y Biggs, encierra sin embargo un paréntesis de excepción frente a lo que ha sido el casi total abandono que ha experimentado esa literatura tes-

timonial por parte de la historiografía moderna. Al menos semejante salvedad se ve confirmada en lo que respecta al conocimiento de estas obras entre ciertos autores venezolanos, por la obvia razón de que aún son ellas quienes tienen el privilegio (dudoso o no) de decirnos algo acerca de los pormenores de la expedición de Miranda. La mejor prueba es que ya en la década de 1950, el historiador venezolano José Nucete Sardi tradujo y publicó dos de aquellas “memorias”: la *Historia del intento de don Francisco de Miranda para efectuar una revolución en Sur América*, por James Biggs, y las *Memorias de un recluta de la expedición mirandina*, de John Edsall. Quien esto suscribe tradujo parcialmente las memorias de John Sherman y Moses Smith, así como las diez cartas dirigidas por el tipógrafo Henry Ingersoll a diversos destinatarios desde que estuvo a bordo de la nave *Leandro* en Jacmel, Haití, en marzo de 1806, hasta su retorno a los Estados Unidos en 1809 luego de recibir un indulto por parte de las autoridades españolas (Monte Ávila Editores, 1992). Este esfuerzo de difusión se ve coronado ahora por la edición, por primera vez íntegra al español, de las memorias de Moses Smith, a cargo de la exigentísima traducción del inglés americano llevada a cabo por el Doctor Pedro Manuel Arcaya Urrutia y María Lorena Arcaya Febres-Cordero.

La clave que asocia las memorias de Moses Smith con toda esa literatura de los olvidados por la sociedad yace en primer lugar en “la fuerza nefasta –como apunta la ya mencionada historiadora norteamericana Mary Kelley– que los despoja de sus esperanzas”. Efectivamente, de creerle al memorialista, su vida cambia súbita y radicalmente por obra de la fatalidad, y esa fatalidad, y los sufrimientos que se derivan de ella, aparecen irremediamente asociados, claro está, a la malograda expedición del venezolano Miranda. Para el caso que nos concierne, el mensajero de la fatalidad es un tal John Fink, “un carnicero de la ciudad de Nueva York”, que le propone a Smith y a otros jóvenes incautos que deambulan sin oficio por las dársenas del puerto, que se enlistaran para custodiar el correo entre Washington y Nueva Orleans (interrumpido entonces por frecuentes asaltos), algo para lo cual contarían no sólo con fueros de funcionarios al servicio del gobierno, sino con la promesa de un sueldo respetable. “Yo era un muchacho de provincia –aclara Smith– y había sido criado para ser barrilero, mi ambición no había ido más allá de esta modesta vocación: pero el cuadro que (...) me había puesto por delante en lo que respecta a la buena paga (...) eran tentaciones que nunca antes me habían asaltado” (Smith, Capítulo I) .

Este será definitivamente uno de los “leit motiv”, o sea, uno de los temas recurrentes de la obra: tanto frente a sus captores, una vez que la

incursión fracase en Ocumare, como ante lector que funge todo el tiempo como una especie de testigo de su conciencia, Smith se hará cargo de dejar claro que el engaño, la perfidia, el encubrimiento y la simulación de propósitos le daba piso al método de enganche y reclutamiento que llevaba a cabo el elenco de agentes con los que Miranda contaba en Nueva York, y cuyo resultado será, a fin de cuentas, el no saber adónde serían conducidos y –menos- que terminarían participando, a contrapelo de sus intenciones y voluntad, en una aventura contra los intereses de España. “Traición”, “imposición”, “engaño”, forma parte del vocabulario que anima estas memorias en las que su autor pretende ajustar cuentas con el desasosiego. Por lo tanto, este relato testimonial de cómo se comportó Miranda es de un interés más que usual, sobre todo por provenir, al igual que Biggs, Sherman y Edsall, de parte de un ciudadano norteamericano, quien no sólo pretendía reafirmar que se le enroló dolosamente en la expedición, sino que llegó a escuchar, luego de evadirse de la prisión en Cartagena y de ser testigo de todo el ruido que había suscitado este incidente a través de la prensa norteamericana, que el gobierno presidido por Thomas Jefferson había respaldado más o menos oficialmente a Miranda.

EL RECUENTO DE LA OBRA

No existe nada más riesgoso que hacer el recuento de cualquier obra en un aparte introductorio sin sentir que se puede terminar despojando al lector de la curiosidad y el encanto que significa ir descubriendo por sí mismo cada esquina de la obra, especialmente si se trata de un libro de aventuras como el de Smith, que promete misterios y encierra emociones de principio a fin. A los efectos de este recuento me limitaré más bien a traer a cuento algunas circunstancias que propiciaron la expedición de Miranda, tal como han llegado hasta nosotros por medio de distintas fuentes, tanto biográficas como testimoniales.

En 1805, hartado de esperar en Londres a que la suerte le adelantase una vez más un resquicio por donde colar el logro de sus ambiciones, Miranda vuelve su mirada hacia viejas amistades de Norteamérica y también hacia algunas nuevas que se han venido a agregar, con el correr del tiempo, por vía de la Legación de Estados Unidos en la capital británica. Con ellas se anima a tratar de encaminar su proyecto emancipador entre una y otra orilla del Atlántico, prescindiendo de Inglaterra y de sus reparos en la medida de lo posible. A raíz de que las relaciones entre España y Estados Unidos se hacen tirantes a causa de la suerte futura de los

territorios de Louisiana y Florida, Miranda pronto cree descubrir que desde Nueva York y Washington los vientos o los dioses les son favorables.

Sus destinatarios en los Estados Unidos le hablan de una supuesta moderación que resulta preciso mantener frente a España a pesar de las desavenencias diplomáticas; pero que llegado el caso, el gobierno norteamericano no vería con desagrado cualquier tentativa contra los dominios españoles de ultramar, que al tiempo de contar con su anuencia le dejase el suficiente margen de maniobra para desentenderse de ella, si fuera necesario. Es así como Miranda presiente que se trata de un paso importante que ni tan siquiera los mismos ingleses, por obra de enervantes reparos, habían sido capaces de dar. De eso se trataba en cierta forma: de obtener un “consentimiento tácito”, de lograr “hacerse la vista gorda” (como lo apunta el propio Miranda), de obtener un guiño cómplice para embestir contra España con el respaldo, así fuera sólo material, de algún gobierno afín a sus planes.

Luego de confiar todas sus pertenencias en Londres al cuidado de su mujer Sara Andrews, de labrar su testamento y dejar de paso algunas disposiciones explícitas acerca de la necesidad de “orear” de cuando en cuando sus libros y de velar por la salud y educación de su hijo Leandro, Miranda zarpa rumbo a los Estados Unidos en ese otoño de 1805, acompañado por su fiel secretario Tomás Molini, y de dos nobles, el conde de Rouvray y el caballero de Belhay.

Sus primeros contactos con el presidente Thomas Jefferson y con el Secretario de Estado (y futuro presidente) James Madison son casi del todo formales. Sin embargo, entre una y otra digresión sobre temas exquisitos que animan la conversación de los tres hombres, se le ratifica a Miranda que existe en el ánimo de Jefferson y de los suyos algo parecido al “consentimiento tácito” que él espera.

Rápidamente, en los muelles de Nueva York, se arma en secreto una expedición de semejantes características, y como sus límites son desde un principio ambiguos, dudosos y cuestionables, no siempre será fácil evitar costos irritantes con los que se abrumba a Miranda, o eludir la presencia de elementos indeseables. En realidad, se trata quizá del punto más bajo de su vida en el que Miranda se mezcla alguna vez con toda suerte de tipos turbios, pícaros y rufianes. La leva es secreta y se lleva a cabo a través de dudosos canales y de pretextos más dudosos aún; tanto así que, como repetidas veces se encarga de aclararlo nuestro cronista

Moses Smith, muchos de los reclutas y voluntarios no saben ni siquiera adónde van destinados a cambio de la paga ofrecida por los intermediarios de Miranda, los armadores del *Leander*, una nave originalmente destinada al comercio con las Antillas, fletada y rebautizada así en evocación del hijo de 18 meses de edad, a quien el venezolano dejara atrás en Londres junto con Sara Andrews.

Una duda que acude de modo inevitable es la siguiente: ciertamente Miranda estuvo ausente de Nueva York (entablando negociaciones con Jefferson y Madison en Washington) cuando se efectuaron las labores de enganche en torno a las cuales todos los cronistas coinciden en afirmar en grado variable –unos más, otros menos– que se llevaron a cabo bajo encubrimiento y engaño. ¿Estaba Miranda al tanto de estos métodos aplicados por sus agentes de confianza en la dársena de Nueva York?

Lo cierto es que la supuesta naturaleza secreta de la expedición va debilitándose a medida que se repiten, cada vez con mayor frecuencia, los pleitos y desavenencias entre Miranda y los armadores del *Leander*. De esta forma, a través de los muchos resquicios que van abriéndose, tanto el cónsul español en Nueva York como el ministro en Estados Unidos, el marqués de Casa Yrujo, se imponen cada vez con menos dudas acerca de lo que ocurre en los muelles y no sólo, a su debido momento, protestarán por ello ante el gobierno de Jefferson al permitir que semejantes actos inamistosos se tramem en el territorio de un país que mantenía relaciones diplomáticas y de comercio con España, sino que más pronto que tarde aperciben a los gobernadores y capitanes generales del Caribe a fin de que tomen las providencias necesarias para fortalecer los posibles puntos de desembarco que pudiese llevar por destino aquella sospechada incursión.

Padeciendo el retraso impuesto por tantos desacuerdos y desinteligencias, el *Leander* con sus 180 toneladas y doscientos tripulantes logra zarpar finalmente en febrero de 1806 desde Nueva York hacia Jacmel, Haití, para seguir rumbo a una primera tentativa contra las costas de Ocumare. En Haití, donde la expedición recalca casi un mes completo, no sólo se fletan dos goletas auxiliares –la *Bacchus* y la *Bee*– y se trabaja intensamente en imprimir a bordo del *Leander* las proclamas dirigidas a Tierra Firme, sino que se suscitan los primeros episodios de insubordinación y desertión que le sumarán lastre a esta empresa ya condenada a fracasar de antemano por obra de tantos contratiempos y demoras.

Por ser la Capitanía General de Venezuela el lugar del cual más lógicamente se sospechaba como principal punto de desembarco, el gobernador Guevara Vasconcelos había tomado tal conocimiento de la situación que se adelantó a interceptar a los expedicionarios muy cerca del sitio previsto para invadir, y como resultado de una confusa refriega naval entre el *Leander*, las dos naves auxiliares y dos cruceros españoles, la *Bacchus* y la *Bee* terminan apresadas junto a su dotación de hombres en tanto que la nave capitana, con Miranda a bordo, logra ponerse a salvo y dirigirse a Trinidad para intentar desde allí un segundo desembarco sobre Venezuela. Otra inquietud sale al paso: Thomas Lewis, responsable del *Leander* en calidad de capitán, huye inesperadamente, abandonando las dos pequeñas goletas a su propia suerte. Pero abordo iba también el comandante general de la expedición, el general Miranda, quien alguna palabra decisiva debía tener al respecto. ¿Fue que el *Leander* no pudo o no quiso proteger a las goletas? ¿se internarían demasiado en la costa como para haber quedado envueltas por los guardacostas españoles y lejos de la protección que podía brindarles la nave capitana? Nuestro autor, por ejemplo, jamás cejó ante la sospecha de que fueron injustamente desamparados por la nave capitana, y así lo da a entender claramente cuando transcribe, en los últimos capítulos de su obra, un memorial que veinte de los prisioneros sobrevivientes pretendieron hacerle llegar a las dos cámaras del Congreso estadounidense: “Las goletas [la *Bacchus* y la *Bee*] en que habían embarcado vuestros solicitantes fueron desertadas por el *Leander*” (Smith, Capítulo X).

Buscando relevarlo parcialmente de semejante trance, el historiador Mario Briceño Perozo afirma que en Miranda “bullía el incontenido deseo de volver a las costas venezolanas y liberar a sus compañeros anteriormente caídos en manos de los españoles” (Briceño, 1967). ¿Pero dónde yace exactamente la constancia de tal deseo? El mito, como todo mito, se eclipsa a falta de pruebas documentales que acudan en auxilio de esta afirmación, por demás benévola y bienintencionada, de Briceño Perozo.

A la hora de hacer un balance acerca de esta expedición tan plagada de reveses de principio a fin, cabe asomarse a otra pregunta: ¿tuvo Miranda muy mala suerte, fue inexplicablemente lento en los avances de la empresa, o los servicios de inteligencia español, como aquellos con los que podía contar el marqués de Casa Yrujo en Nueva York eran realmente tan efectivos? Creo que una combinación equilibrada de estos tres factores alcanza, no para mitigar la ira y frustración que con toda legitimidad colmó a los sobrevivientes como Smith, pero sí para hacernos re-

visar los pormenores de lo ocurrido a contraluz de unas crónicas, en algunos casos, deformadas por la pasión de sus autores. Lo que no se puede negar en el caso de Smith es que su indignación va dirigida en todo momento contra el carnicero John Fink, con quien busca ajustar cuentas a todo lo largo del libro. Llegará incluso el momento en que luego de fugarse de Cartagena, Smith creará posible entablar un juicio en su contra y hacer que Fink pagase con la cárcel el engaño mediante el cual se vio llevado a enrolarse en aquella desgraciada aventura. Miranda, por el contrario, se desenvuelve ante nada como una figura más bien elusiva dentro de la crónica, una figura que se ve disminuida por las sombras de un segundo plano al cual se ve constantemente apartado. De modo que si nos fijamos bien, el general venezolano casi no sale directamente perjudicado de esta emocionante y truculenta narración.

EL MÉTODO DE SMITH

Contrario a los demás memorialistas, Smith se concentra poco en describir el largo derrotero que siguió la expedición al salir de Staten Island, Nueva York, hasta llegar primero a Jacmel, una travesía en la que se gastaron trece días, por lo demás llena de incidentes de mal signo. El peor de ellos fue tal vez lo que la historiadora Lucía Luciani de Pérez Díaz llama una “deplorable escena” ocurrida sobre la cubierta del *Leander* en plena travesía, antes de que un tercio de la tripulación fuese trasbordado a las dos pequeñas goletas que serían contratadas en Haití. A juicio de Luciani de Pérez Díaz, la “deplorable escena” que debía acabar con el buen orden de la expedición fue la que se trabó, por cuestiones de mando, entre el capitán de la nave, Lewis, y el coronel inglés William Armstrong, quien actuaba con un alto rango a bordo del *Leander*. Dejémosle la palabra a la historiadora para que sea ella misma quien se encargue de poner de relieve lo que significó este preámbulo de muchas otras escenas de idéntica naturaleza y las inevitables consecuencias que traería aparejadas:

Armstrong había querido castigar a un subordinado, a lo cual se opuso Lewis, diciendo que no tenía derecho a hacerlo, mientras él mandase en el buque. Intervino entonces Miranda dando la razón al inglés, lo que enfureció a Lewis. Miranda insistía en que siendo el buque de su propiedad, el capitán estaba bajo sus inmediatas órdenes y Lewis le replicaba que mientras el buque no estuviese pagado, él (Lewis), tenía que ser consultado, pues estaba interesado en la aventura. En el acaloramiento de la discusión todos se propasaron hasta

permitirse palabras violentas y, Miranda, a quien correspondía en aquel caso el ejemplo de la moderación, tampoco supo entonces contener los arrebatos (...) Este altercado tuvo funestísimas consecuencias: vino a ser origen de perpetua desavenencia y discordia entre los jefes principales y perjudicó gravemente a Miranda en el concepto de los expedicionarios, uno de los cuales [el cronista James Biggs] consigna en su diario la triste impresión recibida de que “el General Miranda le había parecido más a propósito para un manicomio que para mandar un ejército” (Luciani de Pérez Díaz, 1968).

Este clima que comienza a construirse poco a poco en alta mar y que no tarda en trocarse cada vez en mayor descontento, es algo en lo que sin duda se basa Smith para poner de relieve, a cada vuelta de página de los episodios que conducen finalmente al apresamiento de las goletas en Ocumare, el deseo de los reclutas de activar cualquier plan de evasión con tal de verse librados del cariz de irregularidad que a su juicio iba cobrando esta azarosa expedición. Y muy a pesar de que siempre ha existido la tendencia de creer que la ignorancia del delito no releva de culpa, será curiosamente esta insistencia suya en planes de fuga a lo largo del trayecto lo que a fin de cuentas hará que las autoridades en Puerto Cabello hallen el suficiente margen de flexibilidad en el testimonio de los encausados para eximir a Smith y a otros 46 reclutas de sufrir la pena capital. Veamos algunos ejemplos que corren por cuenta del memorialista: “La repugnancia de nuestra pequeña banda había crecido tanto hasta este momento [es decir, para cuando ocurren las desavenencias entre Armstrong y Lewis], que habíamos decidido intentar nuestra libertad en cualquier escaramuza” (Smith, Capítulo III). Más adelante agrega, justo en la antesala de la captura en Ocumare: “Cada uno de los hombres reclutados por John Fink cordialmente acordaron cooperar y algunos de los marineros prometieron unirse; pero antes de que llegara el momento estimado [para la fuga], cayó sobre nosotros un accidente que frustró nuestras esperanzas y nos lanzó a toda la miseria y degradación reservada como castigo al peor de los malhechores” (idem).

EL PUNTO FUERTE DE SMITH

Donde Smith sí concentra toda su fuerza como cronista —y que, a fin de cuentas, forma el bulto central de su testimonio— es cuando toca la suerte que corrieron los apresados en Puerto Cabello, las condiciones que implicó el régimen de cautiverio dentro de aquella salitrosa mazmo-

rra, el juicio e interrogatorio que se les siguió a cada uno de los detenidos en el mismo castillo de San Felipe (con la concurrencia de los oficiales de escribanía despachados para ello desde Caracas) y, en especial, el cuadro de la ejecución por ahorcamiento de los diez voluntarios más directamente impuestos acerca de los fines de la expedición, cuyos cuerpos fueron luego desmembrados y repartidos en cuartos, a guisa de escarmiento. A través de su testimonio directo, y asistido por un contundente efecto narrativo, el escenario del ajusticiamiento resulta francamente desolador, como el lector lo podrá comprobar.

Aparte de los que fueron despachados a la muerte, Smith se encarga de hacer también el recuento de la suerte que corrieron aquellos que, luego de su permanencia en el castillo de San Felipe, fueron enviados a sus respectivos destinos de confinamiento, unos al castillo de San Fernando de Omoa (Honduras), otros al castillo del Morro, en Puerto Rico, y los últimos, a las bóvedas del castillo de San Luis en Boca Chica, Cartagena. Esto incluye desde luego la forma en que, a lo largo del resto del relato, Smith nos describe la experiencia de su cautiverio en esta última fortaleza antes de ser trasladado a su destino final en Puerto Rico, algo que evidentemente no se cumplió puesto que demostró que, en algún momento, era posible poner en práctica un exitoso plan de evasión.

Es en el curso de estos capítulos centrales, y especialmente cuando inicia los preparativos para su espectacular fuga de Cartagena (aventajando apenas por unos pocos años a la más leída, redonda y cinematográfica de las fugas emprendidas por Edmond Dantès en la novela de Alejandro Dumas, *El Conde de Montecristo*) donde, por lo crudo, vívido y descarnado de su relato, Smith aventaja sin duda a los demás cronistas de la expedición.

Existe un aspecto en el que Smith difiere de los demás cronistas, y es en lo referente al número de reclutas que fueron apresados en Puerto Cabello. John Sherman fija este número en 63, James Biggs en 61 y la lista que contiene Smith los sitúa en 57. Conviene anotar que el único que está totalmente en lo cierto es el propio Smith, puesto que según consta en los documentos mismos del proceso, tal fue el número exacto de reclutas que sufrieron este revés en aguas venezolanas.

Ya que nos hallamos situados en este punto, sería oportuno precisar un poco más acerca de los compañeros de infortunio de Smith, dado que él mismo, en la crónica de los hechos, apenas alude a sus nombres en las

listas que confecciona y entre las cuales quedan repartidos los detenidos. Sólo al final dice algo con respecto a la suerte ulterior que corrieron muchos de ellos, pero acerca de sus vidas, poco o nada. La primera de aquellas listas confeccionadas por Smith en el capítulo VI de sus memorias comprende a los diez oficiales a quienes sus captores vincularon, luego de evacuadas las pruebas, con la máxima responsabilidad en los hechos. A ella sigue la lista de los catorce reos entre los cuales figuraban algunos oficiales menos familiarizados con los objetivos de la expedición y, por último, las dos listas restantes de prisioneros (entre los cuales se contaba el propio Smith), quienes, al igual que los anteriores, fueron condenados a trabajos forzados.

Como hemos dicho, Smith hace un inventario de los reos sentenciados a muerte y aquellos otros destinados al cautiverio, pero aporta escasos datos o detalles acerca de sus quehaceres. Quizás los conocía apenas por sus nombres, pero no necesariamente por sus antecedentes, algo que ellos mismos sí se encargaron de poner de manifiesto en el interrogatorio al que fueron sometidos por sus captores en Puerto Cabello durante los casi cuatro meses que duró el proceso (abril-julio de 1806). Una relación existente de tal interrogatorio –como la recoge el bibliógrafo español Cesáreo Goicoechea– permite abundar al respecto. En cuanto a los diez oficiales que como resultado del juicio fueron sentenciados a la horca, los autos arrojan las siguientes evidencias:

-James Gardner: Este oficial aparece identificado en el expediente de los reclutas encausados como Santiago Gardner, capitán de la goleta auxiliar *Bacchus*, de 34 años de edad;

-Gustavus A. Bergadd: figura en los autos de declaración y careo como Gustavo Adolfo Berguett y, a veces, como Gustavo Adolfo Bergudo, “capitán de caballería, patentado por el traidor Miranda”, de 34 años, soltero, “de oficio agricultor”. Según Smith, era polaco, y es a quien le acredita la mayor valentía a la hora de enfrentar el cadalso. El memoria-lista apunta:

No le di el lugar apropiado a la heroica conducta del intrépido Bergud [sic]. Era un nativo de Polonia. Después de que las cuerdas fueron aseguradas en su cuello, se volteó con una mirada afectuosa hacia sus compañeros y apuntando enfáticamente a los colores y a otros implementos de guerra, tomados a bordo de las goletas y apilados para darle más pompa a la ejecución, exclamó: “Tened coraje mis valientes camaradas; ya que por medio de hechos como estos obten-

drán su libertad. ¡La muerte pronto acabará con mis sufrimientos, y Miranda los liberará a ustedes de sus cadenas! ¡Luego vengan mi suerte!”. Habiendo dicho esto, saltó libremente de la platabanda y expiró de inmediato (Smith, Capítulo VII).

-Charles Jonson: Queda registrado en el expediente levantado en Puerto Cabello como Carlos Johnson, 1er teniente y “diputado del abasto del ejército”, de 30 años, natural de Norange (?). Lo de “diputado del abasto” hace suponer que Jonson manejaba especiales responsabilidades de intendencia en el curso de la expedición.

-Miles Hall: Figura correctamente con el mismo nombre en la declaración y careo de los presos. Se le acredita el rango de primer teniente de “Rayflers” (¿rifleros?), de 26 años.

-John Ferris: Su nombre figura igual. Natural de Westchester (obviamente se trata del condado agrícola de Westchester, en el estado de Nueva York). Sargento 1ero. de infantería “de la expedición del traidor Francisco de Miranda”.

-Lewis Farquason: Aparece en los testimonios de declaración, ratificación y careo como Francisco de Farquaszon, natural de Woodstock (Nueva York), de 30 años de edad, de oficio encuadernador de libros y teniente de artillería.

-Thomas Donahue: Figura en los autos como “Thomas Donehu”, natural de Filadelfia, comerciante de mar, de 31 años y sargento mayor de la expedición.

-Thomas Billup: Su nombre aparece transcrito en los autos como Tomás Billopp, de 40 años, casado, natural de la isla de Estartinayle (lugar irreconocible por ese nombre), Norteamérica, capitán de una de las compañías “del proyecto del traidor Miranda”.

-Daniel Kemper: Teniente de infantería de Miranda y de la milicia de Nueva York, de 20 años de edad.

-Paul T. George. Smith lo llama “joven portugués”. Aparece como Paul F. Jorge, oriundo de Lisboa, teniente de caballería, “partidario de Miranda”, de 29 años de edad. Entre los papeles del proceso de Puerto Cabello consta que pretendía dirigir una misiva a Joaquín Monteiro, cónsul portugués en Nueva York (resulta lógico suponer que lo hiciera abogando

por la intercesión de las autoridades de su país ante España). A la hora de afrontar la muerte, se movió en las franjas opuestas a la conducta asumida por el polaco Bergadd, Bergud, Bergudo o Berguett. Oigamos el testimonio de Smith:

El último en sufrir fue el señor George, un joven portugués. Era el hijo, como se decía, de un Maese adinerado, ante cuya autoridad paterna no quiso doblegarse. George indiscretamente abandonó el hogar, para merodear sin plan o proyecto. Y encontrándose a sí mismo en la ciudad de Nueva York, sin amigos y sin recursos, fue fácilmente engañado en una empresa que le ofrecía la brillante esperanza de la fortuna inmediata. El valiente ejemplo de tantos otros no tenía poder para alzar su corazón o sus ánimos. Ya fuera por la conciencia del pasado, el terror del futuro o la debilidad en su naturaleza, fue incapaz de soportar esa crisis. (...) Se desmayó y cayó a tierra al pie de la picota. Fue con dificultad y con alguna demora que lo pudieron recuperar para llevarlo a lo alto; donde en un estado de insensibilidad estúpida, fue empujado y muerto (Smith, Capítulo VII).

De los catorce reos sentenciados a prisión en el castillo de Omoa, este es el resultado que arroja el cotejo entre las actas del proceso y la crónica de Smith:

-John T. Sullivan: Aparece como Juan O. Sullivan, segundo piloto del *Leandro*, de 23 años y primer teniente. El dato de “segundo piloto” es muy revelador: ello demuestra que Sullivan fue trasbordado de la nave capitana a una de las dos naves auxiliares, la *Bacchus* o la *Bee*, que fueron apresadas en Ocumare.

-David Hackle: Figura entre los papeles del proceso como David Hecele, de 39 años, “capitán de artistas” (albañil). Smith sostiene que una de las razones por las cuales no fue sentenciado a muerte era porque “tenía a su hijo consigo, un niño de doce años y se dijo que, considerando que tenía a su muchacho con él, mostraba su ignorancia acerca de la peligrosa naturaleza del servicio” (Smith, Capítulo VI).

-Henry Ingersoll: Figura correctamente como tal, natural del estado de Massachussets, de 21 años de edad; impresor y teniente en la expedición. Para ser más precisos, según se deriva de las cartas dirigidas a su familia desde la prisión, era oriundo de Stockbridge, Massachussets. Smith nos informa en el último capítulo de su libro que Ingersoll logró obtener un indulto a fines de 1809 (Smith, Capítulo XIV).

-**Robert Saunders:** El único cambio que ocurre es con respecto a su nombre de pila, que aparece latinizado. De 38 años de edad, casado, de oficio impresor. También dejó una crónica de los hechos, mucho menos conocida y citada que la de Smith, Biggs, Sherman o Edsall. Para colmo, Smith nos cuenta que a la hora de instrumentar el escape masivo de las bóvedas de Cartagena, Saunders debió quedarse atrás porque su abultado tamaño no le permitía atravesar la brecha perforada en una de las murallas del castillo (Smith, Capítulo XI).

-**John Edsall:** Figura como Juan Etzell, de 21 años de edad. Este John Edsall será más tarde el autor de *Memorias de un recluta de la expedición de Miranda*. Curiosamente, para cuando Smith publique al final de su libro un recuento de la desigual suerte corrida por los demás sobrevivientes, dirá de él lo siguiente: “se le supone muerto o a bordo de un navío de guerra, puesto que nunca regresó a casa” (Smith, Capítulo XIV).

Edsall tardó mucho tiempo en publicar sus propias memorias de lo acontecido. Lo hizo en 1831, una fecha comparativamente tardía con respecto a Biggs (1808), Sherman (1808) y Smith (1812 y 1814).

-**Jeremiah Powell:** Aparece como el reo Gerónimo Pauvell, sargento mayor de caballería, de 22 años de edad, “vecino del pueblo de Cambrich (sic) en el Boston de Norte América”.

- **John H. Sherman:** También memorialista, será el autor de *Un recuento general de la expedición de Miranda*. En los autos figura por su nombre correcto de John H. Sherman, de 23 años de edad, natural de la ciudad de Boston, vecino de Nueva York, de oficio impresor y segundo teniente de “Regflei” (¿rifleros?). No fue de los primeros pero sí uno de los tres que escapó con suerte de Cartagena en noviembre de 1808. Los otros dos fueron William Lippencot y nuestro autor, Moses Smith.

-**Daniel M'Kay:** En el testimonio del reo, dado a las autoridades en Puerto Cabello, figura como Daniel Mackey, sargento de caballería, de 24 años de edad.

-**John Hays:** Aparece como Juan Heys, natural de Flechen, en los Estados Unidos, de 23 años de edad, de oficio talabartero y sargento de caballería.

-**John M. Elliot:** Es el Juan Elliot de los autos del proceso, de 22 años de edad, de oficio impresor, natural de Nueva York y de estado soltero.

- **Thomas Gill:** Figura con el mismo nombre. Se le califica como irlandés, naturalizado en Norte América y dependiente de imprenta. Se le atribuye la edad de 22 años y se precisa que era tripulante de la goleta *Bachus*, apresada en Ocumare.

- **John More:** Aparece como Juan More. Natural de Irlanda, de 20 años de edad, piloto de la apresada goleta *Bachus*, segundo teniente de infantería.

- **Bennet B. Negus:** Figura como el reo Bayley Negus, segundo oficial abordo de la goleta *Bee* y, en algún momento, su piloto. Natural de Boston y de 28 años de edad.

- **Peter Naulty:** Curiosamente no figura, a primera vista, en los autos, salvo que su nombre hubiese quedado demasiado deformado en la transcripción.

En cuanto a la lista de los otros catorce (“entre los cuales estaba yo”, apunta Smith), condenados a reclusión en el castillo de Puerto Rico, el testimonio de los autos precisa lo siguiente:

- **Moses Smith:** Nuestro autor figura como “Moyses Smith”, natural de Isla Longa (Long Island), Nueva York, de 31 años y soldado de caballería.

- **James Grant:** Debe tratarse de quien aparece en los expedientes como Diego Grant, natural de Nueva York, de 24 años de edad, soldado de caballería.

- **Matthew Buchanan:** Figura como Mateo Buchanan, de oficio carnicero, de 22 años de edad, estado soltero y soldado de caballería.

- **David Winton:** Es Daniel Winton en los autos. Soldado de caballería y de 22 años de edad.

- **Joseph Bennett:** Figura como el reo José Bennett. Soldado de caballería, de 24 años de edad y soltero.

- **John Parsells:** Su nombre aparece modificado como Juan Parcett, soldado de caballería, de 23 años, soltero y natural de Nueva York.

-Frederick Riggus: Este es más bien un caso excepcional, al igual que el portugués Paul T. George. Riggus, que figura en los autos como Federico Riefers, era oriundo de Bounfel (o Baunfel) en el Reino de Prusia. Se le acreditan 40 años de edad y se le califica como marinero.

-John Burk: Debe tratarse de Juan Barck, descrito como soldado de caballería, de 25 años de edad y soltero.

-Phinneas Raymond: En los autos del proceso se le llama Finias Raymen, natural de Ferfil (¿?), de oficio tonelero y “trompetero en la expedición del traidor Miranda”.

-Eaton Burlington: Debe ser, casi con toda seguridad, el Eden Burlingham de los autos. Se le define como soldado de caballería, “patentado por el traidor Miranda”, de 23 años, soltero, natural de la villa de Peekskill (Nueva York) y de oficio “fabricador de colchones”.

-John Scott: Es el reo al que los autos le dan por nombre Juan Scoth, de 26 años de edad.

-Stephen Burtis: Pasa en los autos como Esteban Bartis, natural de Nueva York.

-Alexander Buchannan: Figura como Alejandro Vejamen, natural de Nueva York, de 20 años de edad, soldado de caballería.

-William W. Lippencot: En las páginas del proceso aparece bajo el nombre de Guillermo Lippincot, natural de Filadelfia, de 21 años de edad y sobrecargo de la goleta *Bee*. Escapará junto con Smith de Cartagena, en noviembre de 1808.

¿Qué arroja este rápido inventario que deliberadamente deja por fuera la última lista de los encausados cuyas características son, en todo caso, más o menos similares a las demás? Pues varias evidencias que revisten un enorme interés. En primer lugar, a pesar de haber sido “patentados” como oficiales y soldados, estos reclutas han debido contar con poca o nula experiencia de tipo militar. Tal vez lo más que pudieron haber llegado a recibir fuera lo que les enseñaran los sargentos instructores durante un fugaz entrenamiento en las aguas de Jacmel, como lo relatan algunos de los cronistas. O, como lo admite el propio Smith al referirse a los hechos en tercera persona: “También eran ejercitados en artes de guerra, bajo el

más arbitrario poder por parte del General Miranda, el Coronel Armstrong y el señor Durning” (Smith, Capítulo X). Por otra parte, los oficios de origen de los supuestos voluntarios son lo suficientemente elocuentes: agricultores, talabarteros, marineros, carniceros, panaderos, toneleros, fabricantes de colchones, impresores, encuadernadores de libros, comerciantes de mar. Un elenco más propio del *Grand Guignol* que de un ejército invasor.

Otro dato interesante queda en evidencia a través de la grafía de los nombres, tal como terminó recogiendo el expediente levantado en contra de los reclutas. Ahora bien, resulta preciso tener en cuenta que esa grafía, frecuentemente alterada en el contexto de los documentos mismos del proceso –tal como lo advierte Cesáreo Goicoechea- ocurre por igual en escritos españoles de aquella época, referentes a nombres extranjeros.

En tercer lugar, habría que decir algo acerca del número de impresores a bordo de las naves y lo que aquello podía significar. A tal respecto aparecen claramente identificados al menos cinco responsables de ese oficio: Saunders, Ingersoll, Sherman, Elliot y Gill. Incluso, Lewis Farquason era “encuadernador” de libros, aunque tal vez esa categoría no se aplique al contexto de lo que pretendemos insinuar. ¿Por qué tantos operarios para el tren de imprenta? Tal vez la respuesta, o parte de ella, radique -como se ha dicho ya- en la enorme significación que Miranda pretendía darle a este instrumento propio de la inteligencia, en el afán de convocar seguidores. Y para esta conjetura el propio Goicoechea, antes citado, acude en nuestro auxilio: “la gran base de profesionales del mundo de la imprenta demuestra que Miranda quiso fortalecer sus proyectos de propaganda escrita entre sus paisanos” (Goicoechea, 1973).

En cuarto lugar, también se podría decir algo de lo que revela la edad de los reclutas. Sumadas, no pasan de exhibir un promedio de 25 años. Por contraste, el comandante general de la expedición, el venezolano Miranda, superaba por poco más de treinta años ese promedio: contaba por entonces con 56 años cumplidos, habiendo nacido en marzo de 1750.

En quinto y último lugar, vale la pena reparar en la nacionalidad de los expedicionarios apresados: entre los 10 oficiales ejecutados en Puerto Cabello, los 14 reos condenados a Omoa y los otros 14 originalmente destinados a trabajos forzados en Puerto Rico, destacan 19 norteamericanos plenamente comprobados como tales; 1 polaco; 1 portugués, 1

alemán, 2 irlandeses (uno de ellos naturalizado en los Estados Unidos) y diez no identificados pero cuyos apellidos tienen en muchos casos la traza de ser también norteamericanos de origen. Si a ellos les sumamos el resto, o sea, los que fueron condenados a permanecer en Bocachica, Cartagena, tenemos con que de esos 19 reos, 13 eran norteamericanos, 2 irlandeses y 4 de nacionalidad desconocida o dudosa. A su vez, de esta última lista, es muy significativo que tres de ellos fuesen simplemente menores de edad: el hijo del “capitán de artistas” (albañil) David Hakle, llamado “Josef Heckle” por los autos, de 12 años; José Smith (según consta así por la transcripción de su nombre), natural de Nueva York de 11 años, y un tal Reyn, “menor de dieciséis años”, “con plaza de paje” (¿paje de quién? ¿del general Miranda?). Por último, en lo que a este inventario se refiere, no resulta menos interesante destacar que seis de los reclutas aparecen calificados por Smith como “hombres de color”.

LO QUE LA OBRA OMITE

Aunque Smith, como ya se ha apuntado, no pareciera detenerse mucho en recrear detalles propios de la travesía que en cambio sí corren abundantemente en las narraciones de Edsall y Sherman, hay algo que llega a emparentar a estas tres crónicas entre sí y a diferenciarlas al mismo tiempo del último de los patéticos relatos, en este caso del de James Biggs. Esta, la de Biggs, es una solitaria excepción por cuanto fue el único de los testigos-escritores que no fue apresado en Puerto Cabello, sino que llegó a cubrir la segunda etapa de la expedición que llevó a que Miranda se volviera desde Trinidad, pasando de vuelta por entre la ristra de islas británicas, con el propósito de intentar hacer pie en Coro (lo cual logrará en agosto de ese mismo año). De este modo, Biggs fue el único de los cuatro cronistas que se mantuvo a bordo de la nave *Leander* de principio a fin y, por tanto, es a él a quien exclusivamente le debemos el valioso registro del itinerario completo y, no sin razón, el testimonio menos amargo de todos, como es fácil suponer, dada la suerte final que corrió su autor en comparación con los otros compañeros de infortunio que acabaron presos, aislados y maltratados en varios recintos amurallados del Caribe español.

LA EDICIÓN DE LAS AVENTURAS Y SUFRIMIENTOS DE MOSES SMITH

El libro de Smith vio la imprenta en Albany, Nueva York, editado por el librero Packard, de la editorial "Packard & son", en 1814, es decir, el mismo año en que uno de los supuestos causantes de sus desgracias, Francisco de Miranda, estaba preso ya en un calabozo del fuerte de las Cuatro Torres, en Cádiz. Esta es precisamente la edición sobre la cual trabajan con sumo cuidado Pedro Manuel Arcaya y Lorena Arcaya Febres-Cordero.

Por su parte, Blas Bruni Celli, en su imprescindible y monumental obra, *Venezuela en 5 siglos de imprenta* (Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1998) y en auxilio de esta valiosa edición de Smith, registra la misma procedencia y agrega para información del lector que son tres las bibliotecas que la cargan entre sus existencias: la Biblioteca del Congreso (Library of Congress, Washington DC), la colección hispanista de la Biblioteca Beinecke de la Universidad de Yale y la colección Pedro Manuel Arcaya (Instituto Autónomo Biblioteca Nacional, Caracas).

Hasta donde resulta posible recabar noticias, la casa editorial Packard & Son (en algún momento conocida como Packard & Van Benthuysen), estaba más bien orientada a difundir literatura sobre el ramo naviero e inmobiliario, de modo que en principio resulta un tanto extraño que el libro de Smith hallase acomodo en estas prensas. Sin embargo, las frecuentes referencias con que se alude a la buena suerte que terminó corriendo entre el público de la época, lleva a suponer que la casa Packard & sons logró poner el ojo, en este caso, sobre un libro y un género a cuya venta podría sacarle notable provecho.

Al mismo tiempo no deja de llamar la atención que, según lo confirman otros registros, exista una edición previa a la comúnmente conocida, publicada dos años antes, en 1812, por Thomas Kirk, de Brooklyn. De hecho, Kirk llegó a ser uno de los más importantes editores del mundo literario de Brooklyn por aquella misma época en que Smith regresaba de su experiencia penitenciaria en Suramérica. Su primera obra como editor fue un tiraje popular de la *Oración Fúnebre* que el general Henry Lee (padre del futuro Robert E. Lee, del ejército de la Confederación) tributara en honor de Jorge Washington, en diciembre de 1799. A Kirk parece haberle ido muy bien en el negocio, tanto que terminó abriendo una librería propia y editando un periódico, el *Long Island Star*. Más tarde, al vender el

periódico y replegarse a su labor como editor de libros, publica la *Historia de las aventuras y sufrimientos de Moses Smith* por cuenta del hermano del autor, un ex mayor de nombre Samuel Smith, radicado en Nueva York.

Esto lleva a concluir obviamente que el pequeño y curioso volumen que nos ocupa tuvo al menos dos ediciones (en 1812 y 1814), lo que avala la idea de que contó con cierta popularidad entre sus contemporáneos. Ya el hecho resulta en sí lo suficientemente indicativo, aunque para formular tal juicio debamos bordear el riesgo de no conocer exactamente el número de ejemplares a que pudo montar cada una de estas dos ediciones.

Por otro lado, el siempre acucioso y honrado Manuel Segundo Sánchez, en su *Bibliografía Venezolanista*, arrima algunas noticias acerca de ambas ediciones, aunque a diferencia de muchos de los libros compulsados por él para su extenso registro, confiesa no haber visto nunca un ejemplar físico ni de la una ni de la otra. Al reseñar la edición hecha en Brooklyn en 1812, simplemente añade lo siguiente: “Existen otras ediciones de este libro; pero no se ha tenido a la vista ninguna para la redacción de la presente nota” (Sánchez, 1914). En todo caso, el comentario del gran bibliógrafo aporta una prueba más a lo que debió de ser en su momento el éxito casi seguro alcanzado por la narración de Smith entre el público neoyorquino.

ESTAMPA FINAL

En las setenta páginas escasas que comprenden sus memorias de lo ocurrido con la expedición de Miranda en 1806, Smith nos permite ir reconstruyendo con cierta fidelidad la cronología de los principales hechos: la nave capitana, el *Leander*, zarpa de Nueva York, como se ha dicho ya, el 2 febrero de 1806. Trece días más tarde, el 15 de ese mes, echa ancla en la rada de Jacmel. En algún momento Smith se contradice y cita como fecha de llegada a Jacmel el 19 de febrero y de partida para continuar su derrotero, el 27 de marzo. En todo caso, el tiempo exacto de permanencia en Haití cede lugar en esta crónica al recuento de las explosiones de descontento que iban teniendo lugar a bordo. Luego, repartida ya toda la dotación entre el *Leander* y las dos goletas auxiliares *Bacchus* y *Bee*, la expedición prosigue su derrotero durante diez días hasta avistar la isla de Aruba, a la cual llegan, según el registro de nuestro autor, el 4 de abril. De allí siguieron curso hasta recalar en Bonaire para luego internarse en

Ocumare, donde tuvo lugar el confuso encuentro con los bergantines españoles el día 27.

A partir de allí todo se diluye en la viscosa narración del primer encierro que sufren en la fortaleza de Puerto Cabello, de donde saldrán los presos el día 20 de julio para escuchar sobre la explanada del castillo las distintas sentencias acompañadas a voz del pregón. Smith tan sólo precisa que el largo y minucioso interrogatorio al que fueron sometidos los 57 prisioneros fue “cerrado por el Capitán General de Caracas” el 12 de julio, lo cual demuestra que el propio Guevara Vasconcelos o, cuando menos, su autoridad representada por interpuesta persona, debió estar presente durante tan formal ceremonia de clausura del juicio, luego de lo que debieron ser alrededor de casi cuatro meses que duró el proceso incoado en contra de los reclutas. Sólo por lo curioso que resulta vale la pena citar un detalle que aporta el autor en este pasaje de su relato: “Cuando fui juzgado en las alturas del castillo de San Felipe por piratería, rebelión y asesinato, el juez español me trató con gran suavidad y ternura, y pareció comparecerse de mis infortunios. A menudo me ofreció descansar cuando me veía agotado y angustiado, ofreciéndome con su propia mano pan para comer, e incluso cigarros para fumar, para así estar cómodo y tranquilo” (Smith, Capítulo XIV).

Al día siguiente, 21 de julio, terminaron colgados y decapitados los diez oficiales en presencia de sus compañeros de prisión, en tanto que el resto de los 47 reos permanecían en Puerto Cabello hasta el 7 de agosto, cuando fueron trasladados en masa hasta Cartagena, para luego ser repartidos a sus respectivos lugares de confinamiento. Tras hacer la travesía a bordo de un buque mercante armado, llegan hasta la amurallada ciudad de la costa atlántica colombiana el 17 de agosto. El 30 de diciembre firman una petición dirigida al Congreso de los Estados Unidos aclarando su responsabilidad en los hechos y abogando al mismo tiempo por su intercesión ante el gobierno en Washington. Para julio de 1807 nuestro autor luce acabado e impedido; pero luego de tramar un cuidadoso plan de fuga que les consumirá más de un año, el 7 de noviembre de 1808 dieciocho de los reos logran escaparse a cuenta de innumerables riesgos para tratar de alcanzar una goleta norteamericana surta en el puerto. Sólo tres sin embargo logran coronar la evasión: William Lippencot y quienes, a la vuelta de unos años, se encargarán de cifrar por escrito el recuerdo de sus relatos: John Sherman y nuestro autor. Pero el embarque no fue tan inmediato: cuenta Smith que él y sus dos cómplices debieron permanecer huyendo de varias partidas que salieron a darles caza por las

inmediaciones de Cartagena durante más de treinta días, hasta que lograron treparse a la goleta norteamericana el 12 de diciembre de 1808. Una vez más, Smith saca mal las cuentas: insiste haber llegado a Baltimore el 17 de diciembre, pero asegura al propio tiempo que se trató de una travesía de 35 días (de modo que, de ser correcto este cómputo, debió haber arribado a los Estados Unidos más bien hacia mediados de enero de 1809). Sea como fuere, quien creía estar próximo a hallar su redención de regreso a la “tierra de la libertad” (la ironía no es mía sino del propio Smith), le aguardaban aún distintas escalas –igualmente llenas de penuria- desde Baltimore hasta Filadelfia, de Filadelfia a Delaware y de Delaware a Brooklyn, donde su familia se había establecido luego de abandonar la apacible y agrícola villa de Huntington, en la cual había vivido nuestro autor desde su más remoto recuerdo.

Como si fueran pocas, las desventuras de Smith no se detienen aquí sino que serán objeto de un epílogo en el cual el ex recluta pretenderá demostrar ante los tribunales de Nueva York el engaño del cual fue inicialmente víctima por parte del carnicero John Fink. Pero campesino, ingenuo y pobre como confiesa ser, Smith termina viéndose inevitablemente atrapado entre un enjambre de abogados indiferentes a la legitimidad de su reclamo y entre tecnicismos y vericuetos jurídicos, en el curso de un juicio lleno de incidencias enervantes que se prolongará durante tanto tiempo que el demandante se verá obligado a ensayar en el ínterin algunas formas más o menos elementales de ganarse la vida (entre ellas, debiendo reincidir como marinero, lo cual lo llevará a experimentar un naufragio como parte de las fatalidades que, al parecer, no cesaban de acompañarlo desde que salió a bordo de la trágica expedición a la que le consagra su libro).

La causa, que no se queda tranquila en un solo tribunal sino que deambula según el capricho variable de los jueces, se abrirá formalmente en febrero de 1808 y concluirá en junio de 1811, cuando en Venezuela estén finalizando al mismo tiempo las deliberaciones del Congreso Constituyente y Miranda se halle actuando ante aquella asamblea como diputado por el oscuro burgo llanero del Pao. Para cuando haya de terminar el juicio en Nueva York, el carnicero Fink, o sea, el demandado, no sólo saldrá limpio de toda acusación en su contra, sino que se le obligará a Smith, en un paradójico giro, a pagar las costas del juicio, algo que nuestro protagonista apenas elude tras un complicado y anticlimático final de sus memorias.

La de Smith, aunque escrita por un humilde barrilero oriundo del estado de Nueva York a quien la fortuna terminó jugándole una mala pasada a los 31 años, dialoga perfectamente con el elenco de obras pastosas y oscuras que pueblan nuestra propia literatura testimonial y con las que, de una u otra manera, integra un mismo parentesco, así sea por el simple hecho de que nuestro autor fija buena parte de su núcleo narrativo en las mismas mazmorras del castillo de San Felipe en Puerto Cabello en las que más tarde será huésped (y acerca de cuya experiencia habrá de escribir) José Rafael Pocaterra, nuestro principal autor de experiencias carcelarias durante las primeras décadas del siglo XX.

Por lo demás –y aunque hayamos omitido mencionarlo hasta este momento- resulta una desmesurada ironía que fuera precisamente en el castillo de Puerto Cabello, aquel tradicional depósito de presos políticos que siempre gozó de las preferencias represivas de las autoridades venezolanas desde mucho antes de convertirnos en república, que se cruzaran dos destinos diferentes: el de los 57 fantasmas de las goletas *Bacchus* y *Bee*, y el del propio Miranda, ya caído en desgracia y despojado de su título de Generalísimo, en 1812. Cabe recordar que antes de cumplir con varias escalas de presidio (La Guaira antes, Puerto Rico, después) que lo llevarían hasta su morada final en la Carraca de Cádiz, Miranda estuvo confinado en el submundo del mismísimo castillo de San Felipe, luego bautizado, casi por ironía, como castillo Libertador. Hasta allí lo visitará el doctor José Francisco Velasco, comisionado general de la Real Audiencia de Caracas para pasar revista a la condición de los procesados, y anota: “Don Francisco de Miranda, preso hace espacio de ocho meses, o cerca de ellos, con grillos” (Briceño Perozo, 1967). Allí habrá de permanecer Miranda casi de fines de 1812 a junio de 1813, desde donde dirige un notable memorial a la Audiencia de Caracas exigiendo el cumplimiento de la capitulación de julio de 1812 y donde sólo al final, un mes antes de ser trasladado a la fortaleza del Morro en Puerto Rico, conseguirá que en algo se mejore su situación y se le libere de los grillos.

Entre aquellas mismas salitrosas paredes queda resumido el dolor padecido seis años antes por los 57 reclutas, cuyo calvario se encargará de llevar al papel, en anotaciones sombrías, inclementes y sin pulimento, este escritor-testigo, el Moses Smith de Long Island de Nueva York, cuyo relato aporta, como pocos, las claves precisas y preciosas dentro del género testimonial para entender los avatares sufridos por la azarosa expedición de 1806.

BIBLIOGRAFÍA

- BRICEÑO PEROZO, Mario. *Mirandonianas*. Buenos Aires: Imprenta López, 1967.
- BRUNI CELLI, Blas. *Venezuela en 5 siglos de imprenta*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1998.
- GOICOECHEA, Cesáreo. Inventario de los documentos del proceso seguido en el año 1806 al general Francisco de Miranda y otros prisioneros. Madrid: Asociación Nacional de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos, 1973.
- KELLEY, Mary. "Peddling stories". *Reviews in American History*. December 2001, Volume 29, Issue N° 4.
- LUCIANI DE PÉREZ DÍAZ, Lucila. *Miranda su vida y su obra* Caracas: Comandancia General de la Marina, 1968.
- MAGALLANES, Manuel Vicente. *Miranda en el ocaso*. Caracas: Asociación de Escritores Venezolanos, 1970.
- SÁNCHEZ, Manuel Segundo. *Bibliografía venezolanista: contribución al conocimiento de los libros extranjeros relativos a Venezuela y sus grandes hombres, publicados o reimpresos desde el siglo XIX*. Caracas: Empresa El Cojo, 1914.
- SMITH, Moses. *Historia de las aventuras y sufrimientos de Moses Smith*. Albany: Packard & son, 1814 (traducido del inglés americano por Pedro Manuel Arcaya Urrutia y Lorena Arcaya Febres-Cordero).